

mes tumbas donde duermen las momias de los Faraones soberbios. El segundo nos ha legado, en cambio, el Arte, la Filosofía, la Ciencia, «los grandes intereses del alma», en una palabra.

Pues bien, la humanidad no ha podido emanciparse todavía de la ignorancia.

Se le exige el sentido moral a fin de

poner a cubierto la tranquilidad y el dinero del burgués, pero se descuida su inteligencia, incapaz para las averiguaciones de la Verdad y los mirajes mágicos de la Belleza.

Y mientras el hombre no pueda completar su educación y comprender la vida en todos sus aspectos, la rendición del pueblo es una mentira ridícula o una ironía cruel.

El doctor Ferraz

Costa Rica tiene puesto ahora todo su pensamiento en un anciano modesto y sencillo que hasta aquí había venido viviendo, lejos de vanos ruidos y efímeras exaltaciones, en la dulce paz de las bibliotecas y en el grave silencio de la meditación. Espectáculo simpático que nos trae a la memoria los antiguos relatos de Oriente, en donde los pueblos volvíanse, respetuosos y devotos, hacia los viejos solitarios, para honrar con frescos gajos de laurel sus sienes pensativas.

Costa Rica tenía una cuenta que saldar con el doctor Ferraz. Pero los días pasaban consolidando sus méritos y abriantando su cabeza con la radiosa blancura de las canas, sin que nadie pensara en pagar aquella deuda.

El doctor, por otra parte, entretenido en sus eternas lecturas ni siquiera había pensado en recordárnosla. Metido toda la vida entre sus libros, en un país y en un tiempo en que son tan pocos los que conocen el camino de la biblioteca, la silueta del Maestro había venido a ser como una de esas nobles figuras de Puvis de Chavannes ante cuya austeridad de líneas y suavidad de tintas se siente pasar un sople de antigüedad.

Mas hubo una ocasión en que el doctor, dejando la vieja compañía de sus clásicos con cuyas sombras éliseas se ha pasado la existencia en un sabio tete a tete, alzó los ojos del libro que estaba leyendo, talvez el armonioso Homero o el dulce Virgilio, y absolvió con palabras sabias de advertencia

y consejo la consulta que sobre un asunto actual de vivísimo interés le hizo la opinión pública. Entonces comprendimos todos que el casco de cabellos blanquecinos que cubre la cabeza del Maestro, no era un viejo yelmo de rezago, una antigualla de museo, sino una aureola magnífica y radiosa hecha de destellos de nobleza y de talento. Todos supimos entonces que don Valeriano no era un simple fantasma del pretérito, y que si bien es cierto que ya contaba bastantes motivos a la gratitud nacional por la obra que había realizado en sus buenos tiempos de Profesor, todavía tenía fuerza y ánimo para ganar nuevos triunfos y adquirir nuevos méritos con qué presentarse una vez más a la consideración pública.

Este octogenario admirable nos ha probado que él no sólo vive en el recuerdo de nuestras instituciones de enseñanza, sino que es capaz a estas horas de llamar a juicio, al buen juicio es decir, a nuestros más flamantes pedagogos.

Algunos de nosotros podemos decir, sin embargo, que no nos ha sorprendido esta hermosa revelación. Hace tiempo frecuentamos el trato de este anciano y siempre hemos sacado de sus conversaciones más contento y provecho que de los gárrulos paliques de muchos jóvenes. Nosotros sabíamos de su vivísima y constante espiritualidad, de su ingenio lleno de luces y sorpresas, de su don de palabra fácil y variada, de su imprescrip-